

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE PEIRCE, PRECURSOR EN LA CIENCIA DEL LENGUAJE

CUANDO SE PONDERA una afirmación de Peirce se siente uno constantemente sorprendido. ¿Cuáles son las raíces de su pensamiento? Cuando Peirce cita y comenta la opinión de alguna otra persona, se vuelve extremadamente innovadora y original. E incluso cuando se cita a sí mismo, crea a menudo una nueva idea y nunca deja de impresionar a su lector. Solía yo decir que era tan grande que ninguna universidad encontró lugar para él. Hubo sin embargo una dramática excepción: los pocos semestres de Lectorado de Lógica en la Universidad Johns Hopkins. Durante ese período el estudioso lanzó ideas semiológicas notables en el volumen de *Studies in Logic* editado por él en 1883. Allí empieza su fructífera discusión sobre el «universo del discurso», noción introducida por A. De Morgan y revisada y transformada por Peirce en un problema gratificante para la ciencia del lenguaje (v. ahora sus *Collected papers*, 2.517 ss.). Los mismos *Studies in Logic* incluían también nuevos puntos de vista sobre la predicación en la nota de Peirce «La lógica de los relativos» (3.328 ss.), en la que escribió:

Un término relativo dual, tal como «amante»... es un nombre común que significa un par de objetos... Cada relativo tiene también un *converso*, producido al invertir el orden de los miembros del par. Así, el converso de «amante» es «amado».

A esta misma cuestión de la dualidad, que todavía preocupa a los lingüistas y semiólogos, es a la que vuelve Peirce en 1899 al discutir con William James la categoría diádica de acción: «Ésta tiene dos aspectos, el Activo y el Pasivo, que no son meramente aspectos opuestos, sino que hacen contrastes relativos entre diferentes influencias de esta Categoría como Más Activo o Más Pasivo» (8.315).

En la conclusión de la Conferencia Conjunta de Antropólogos y Lingüistas de Bloomington, en julio de 1952, se dijo que «uno de los más grandes pioneros del análisis lingüístico

estructural», Charles Sanders Peirce, no sólo afirmó la necesidad de la semiología, sino que además esbozó sus líneas básicas. Su «estudio de toda una vida de la naturaleza de los signos... la tarea de aclarar y abrir» la ciencia de la semiología, «la doctrina de la naturaleza esencial y variedades fundamentales de posibles semiosis» (5.488), y, a este respecto, su «cuidadoso estudio del lenguaje» (8.287) de toda la vida, son los elementos que nos permiten considerar a Peirce «como un genuino y audaz precursor de la lingüística estructural». Los tópicos esenciales de los signos en general y de los signos verbales en particular empapan toda la obra de la vida de Peirce.

En una carta de 1905 (8.213) Peirce dice:

El 14 de mayo de 1867, después de tres años de pensamiento casi demencialmente concentrado, apenas interrumpido por el sueño, produje mi única contribución a la filosofía en la «Nueva lista de categorías» en los *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*, volumen VII, pp. 287-298 (v. 1.545 ss.)... Podemos clasificar los objetos de acuerdo con su material; como cosas de madera, cosas de hierro, cosas de plata, cosas de marfil, etc. Pero la clasificación de acuerdo con la Estructura es generalmente más importante. Y lo mismo sucede con las ideas... Mantengo que una clasificación de los elementos del pensamiento y la conciencia según su estructura formal es más importante... Examinó el faneron y me esfuerzo por discernir sus elementos según la complejidad de su estructura.

Nos enfrentamos aquí desde el principio con un abordamiento claramente estructural de los problemas de la fenomenología, o en los términos de Peirce, «faneroscopia» (cf. 1.284 ss.). En la carta arriba citada, Peirce añade: «Llegué así a mis tres categorías (de signos)». El editor acompaña estas palabras con una nota al pie: «Peirce inicia entonces una larga discusión de las categorías y signos», pero desgraciadamente esa discusión permanece inédita.

No debemos olvidar que la vida de Peirce fue extremadamente desgraciada. Condiciones externas terribles, una lucha diaria para seguir vivo y la ausencia de un medio comprensivo estorbaron el desarrollo de sus actividades científicas. Murió en vísperas de la Primera Guerra Mundial, pero sólo a princi-

pios de la década de 1930 empezaron a publicarse sus escritos. Antes de eso sólo eran conocidos unos pocos borradores de Peirce sobre semiología: el primer esbozo de 1867, unas pocas ideas delineadas durante el período de Baltimore y algunos pasajes apresurados de sus estudios matemáticos; pero en su mayor parte, sus puntos de vista semiológicos y lingüísticos, elaborados a lo largo de varias décadas, especialmente hacia fines de siglo, permanecieron enteramente ocultos. Es infortunado que en los grandes años de fermentación científica que siguieron a la Primera Guerra Mundial el recién aparecido *Cours de linguistique générale* de Saussure no pudiera confrontarse con los argumentos de Peirce: semejante encuentro de ideas, a la vez concordantes y rivales, habría alterado tal vez la historia de la lingüística general y los comienzos de la semiología.

Incluso cuando los volúmenes de los escritos de Peirce empezaron a aparecer entre los años treinta y los años cincuenta, siguió habiendo una serie de obstáculos para que el lector pudiera familiarizarse estrechamente con su pensamiento científico. Los «escritos reunidos» (*Collected Papers*) contienen demasiadas omisiones importantes. La mezcla caprichosa de fragmentos pertenecientes a diferentes períodos desconcierta a veces al lector, especialmente teniendo en cuenta que las reflexiones de Peirce se desarrollaron y cambiaron y que quisiera uno delinear y seguir la transición de sus conceptos desde los años 1860 hasta nuestro siglo. El lector se ve obligado a reelaborar asiduamente para sí mismo el plan entero de estos volúmenes a fin de obtener una perspectiva y de dominar el conjunto del legado de Peirce.

Podríamos citar, por ejemplo, al más grande lingüista francés de nuestros tiempos, Émile Benveniste, notable teórico del lenguaje. En su trabajo de 1969 «Sémiologie de la langue», que abría la revista *Semiotica*, Benveniste intentó una evaluación comparativa de Saussure y Peirce, al último de los cuales conocía únicamente por sus *Selected Writings*, una antología no semiológica compilada por P. P. Wiener en 1958: «*En ce qui concerne la langue, Peirce ne formule rien de précis ni de spécifique... La langue se réduit pour lui aux mots*». Sin embargo, Peirce en realidad habló de la «importancia de las meras palabras» (3.419), y para él la importancia de las pala-

bras derivaba de su arreglo en la oración (4.544) y de la construcción de proposiciones. Para ejemplificar la novedad de sus puntos de vista, citemos por lo menos el audaz señalamiento de Peirce de que en la sintaxis de todo lenguaje hay iconos lógicos de un tipo mimético «a los que ayudan leyes convencionales» (2.281). Admirando «la ciencia vasta y espléndidamente desarrollada de la lingüística» (1.271), Peirce abarcó todos los niveles de la lengua desde el discurso hasta las últimas unidades distintivas, y se percató de la necesidad de tratar a estas últimas respecto de la relación entre sonido y significado (1.243).

En la respuesta de Peirce de 1892 a la traducción inglesa de las *Investigaciones geométricas* de Lobachevsky, que «señalan una época en la historia del pensamiento» y que acarrearán consecuencias filosóficas «indudablemente de peso», se esconde sin duda una alusión autobiográfica: «Una idea nueva necesita tanto tiempo para abrirse camino, sin el apoyo de ningún interés más agresivo que el amor a la verdad» (8.91). Lo mismo exactamente puede decirse sobre Peirce; muchas cosas podrían haberse entendido antes y más claramente si se hubieran conocido verdaderamente las ideas centrales de Peirce. Debo confesar que durante muchos años sentí la amargura de ser tal vez entre los lingüistas el único estudioso de los puntos de vista de Peirce. Incluso la breve observación sobre la semiología en los *Linguistics Aspects of Science* de Leonard Bloomfield parece referirse más a los comentarios de Charles Morris que a Peirce mismo.

No debería olvidarse que en el proyecto básico de Peirce, su *System of Logic, from the point of view of Semiotic* (8.302), intentó mostrar «que el Concepto es un Signo» y definir el signo y resolverlo «en sus *elementos* últimos» (8.302, 305). Para él, la semiología suponía un tratamiento «de las condiciones generales de que los signos sean signos» y a sus ojos era erróneo a la vez confinar la tarea de la semiología a la lengua y, por otra parte, excluir a la lengua de esta tarea. Su programa era estudiar los rasgos particulares de la lengua en comparación con las especificidades de otros sistemas de signos y definir los rasgos comunes que caracterizan a los signos en general. Para Peirce, «la clasificación natural se lleva a cabo por dicotomías» (1.438) y «hay un elemento de dualidad en

todo conjunto» (1.446). «Una *diada* consiste en dos *sujetos* reducidos a unidad» (1.326), y Peirce define la investigación presente como «un estudio de las diadas en las formas necesarias de los signos» (1.444). Ve la lengua en su estructura formal, gramatical, como un sistema de «diadas relacionales». La relación diádica esencial para Peirce es una oposición; insistió en «la verdad manifiesta de que la existencia consiste en oposición» y declaró que «una cosa sin oposiciones *ipso facto* no existe». Según Peirce, la tarea primaria es dominar «la concepción del ser a través de la oposición» (1.457).

Una de las más felices y brillantes ideas que la lingüística general recibió del pensador norteamericano es su definición del significado como «la traducción de un signo en otro sistema de signos» (4.127). Cuántas estériles discusiones sobre el mentalismo y el antimentalismo se habrían ahorrado si se abordara la noción de significado en términos de traducción, que ningún mentalista ni ningún conductista podría rechazar. El problema de la traducción es en efecto fundamental desde el punto de vista de Peirce y puede y debe utilizarse sistemáticamente. A pesar de todos los desacuerdos, incomprensiones y confusiones que ha provocado el concepto de «interpretantes» de Peirce, quisiera declarar que el conjunto de interpretantes es uno de los hallazgos más ingeniosos y uno de los recursos más efectivos que recibieron de Peirce la semiología en general y el análisis lingüístico de los significados gramaticales y léxicos en particular. La única dificultad en la utilización de esas herramientas consiste en la evidente necesidad de seguir la cuidadosa delimitación de Peirce de sus diferentes tipos y «distinguir, en primer lugar, el Interpretante Inmediato, que es el interpretante tal como se revela en la comprensión correcta del signo mismo, y se llama ordinariamente el *significado* del signo» (4.536); tal interpretante de un signo «es todo lo que está explícito en el signo mismo aparte de su contexto y de las circunstancias de su emisión» (5.474). No conocemos mejor definición. Este interpretante «selectivo», en cuanto distinguido del «circunstancial» (*environmental*), es una clave indispensable pero demasiado a menudo olvidada para la solución de la cuestión fundamental de los significados generales en los diferentes aspectos del sistema verbal y otros sistemas de signos.

Peirce pertenecía a la gran generación que desarrolló ampliamente uno de los conceptos y términos más notables para la geometría, la física, la lingüística, la psicología y muchas otras ciencias. Se trata de la idea seminal de *invariancia*. La necesidad racional de descubrir el invariante detrás de numerosas variables, la cuestión de la asignación de todas esas variantes a constantes relacionales no afectadas por las transformaciones subtiende toda la ciencia de los signos de Peirce. La cuestión de la invariancia aparece desde fines de la década de 1860 en los esbozos semiológicos de Peirce y acaba por mostrar que en ningún nivel es posible tratar un signo sin considerar tanto un invariante como una variación transformacional. La invariancia era el tópico principal del *Erlanger Program* de Felix Klein, de 1872 («*Man soll die der Mannigfaltigkeit angehörigen Gebilde hinsichtlich solcher Eigenschaften untersuchen, die durch die Transformationen der Gruppe nicht geändert werden*»), y al mismo tiempo la necesidad de sustituir las variantes accidentales por sus «comunes denominadores» fue defendida por Baudouin de Courtenay en sus conferencias de Kazán. Así, ideas convergentes destinadas a transformar nuestra ciencia, y las ciencias en general, emergían casi simultáneamente. Independientemente de la proveniencia del modelo, eran éstas aspiraciones oportunas a un amplio campo de investigación y siguen siendo capaces de engendrar nuevas y fructíferas interacciones entre diversas disciplinas. En particular, la lingüística tiene muchísimo que aprender tanto de la moderna topología como de una de las más fértiles formulaciones semiológicas de Peirce al responder a la cuestión de la invariancia: un símbolo «no puede indicar ninguna cosa particular; denota una clase de cosa. No sólo eso, sino que es él mismo una clase y no una cosa singular» (2.301); consiguientemente, «la palabra y su significado son ambos reglas generales» (2.292).

Peirce pregunta: «¿Cómo es posible que un elemento indecomponible tenga diferencias en estructura?», y contesta: «De la estructura lógica interna sería claramente imposible», pero en cuanto a la estructura de sus posibles compuestos, «son posibles diferencias limitadas de estructura». Se refiere a los *grupos*, o columnas verticales de la tabla de Mendeleev, que «son reconocidas universalmente y con justicia como mucho

más importantes que la *serie*, o filas horizontales en la misma tabla» (1.289). Así, en la cuestión de la relación entre los componentes y el compuesto, Peirce niega (del mismo modo que los psicólogos de la *Gestalt*) la posibilidad de hablar de constituyentes sin analizar la relación estructural entre los constituyentes y el todo. Lejos de ser un mero conglomerado, que los gestalistas llamaron *Un-Verbindung*, todo conjunto es concebido por Peirce como una estructura integral. Este modelo sigue siendo válido en su perspectiva dinámica. Según unos fragmentos de su *Minute Logic*, esbozada en 1902 pero nunca terminada, «decir que el futuro no influye en el presente es una doctrina insostenible» (2.86). Aquí Peirce distingue dos aspectos de las causas: «La causación eficiente es aquella clase de causación por la cual las partes componen el todo; la causación final es aquella clase de causación por la cual el todo llama a sus partes. La causación final sin causación eficiente es inútil... La causación eficiente sin causación final, sin embargo, es peor que inútil, con mucho: ... es la pura nada» (1.220). Una clasificación estructural tal es imposible sin tener en cuenta estas dos causaciones copresentes e interactuantes.

La más conocida de las afirmaciones generales de Peirce es que existen tres clases de signos. Pero las cosas más conocidas sufren fácilmente de diversas distorsiones. Peirce no encierra en absoluto a los signos en una de estas tres clases. Esas divisiones son únicamente tres polos, todos los cuales pueden coexistir dentro del mismo signo. El símbolo, tal como él lo subraya, puede tener un icono y/o un indicio incorporado dentro de sí, y «los signos más perfectos son aquellos en los que los caracteres icónicos, indicativos y simbólicos están mezclados tan equitativamente como es posible» (4.448).

La definición de Peirce de los tres «tiempos» semiológicos fue recientemente señalada por el astuto topólogo francés René Thom, que se sintió feliz de encontrar allí la solución que él mismo había buscado tenazmente durante años. Así, permítanme concluir mis pocas observaciones con esta fórmula aparentemente enrevesada pero esencialmente lúcida, con la que a fines de siglo Charles Sanders Peirce logró zanjar los principales problemas de la semiología y la gramática:

Así el modo de ser del símbolo es diferente del del icono y del del indicio. Un icono tiene la clase de ser que pertenece a la experiencia *pasada*... Un indicio tiene el ser de la experiencia *presente*. El ser de un símbolo consiste en el hecho real de que algo se experimentará si se satisfacen ciertas condiciones (4.447). El valor de un icono consiste en su exhibir los rasgos de un estado de cosas considerado como si fuera puramente imaginario. El valor de un indicio es que nos asegura de un hecho positivo. El valor de un símbolo es que sirve para hacer racionales al pensamiento y a la conducta y nos permite predecir el futuro (4.448).

La tarea predominante de los símbolos en nuestra creatividad verbal (y no sólo verbal) podría considerarse como el meollo de la doctrina de Peirce, pero no me gusta usar la etiqueta de «doctrina», porque el pensador mismo declaró categóricamente que para él la ciencia no era doctrina, sino búsqueda.